

**SUJETS ENS ULM/TRONC COMMUN
SESSION 2023
ESPAGNOL**

5

Mariana Di Ció et Philippe Rabaté

Una especie de furor efímero, de indignación quizás, lo asalta, contra el universo entero, contra el disco rojo que ya empieza a hundirse en el horizonte, adensando la penumbra en el interior del colectivo. Pero casi de inmediato se serena. No piensa en nada. Ahora, mientras el horizonte se traga el disco rojo cada vez más rápido, la noche gana, subiendo desde el este, la llanura. A las ocho y media más o menos estará en su casa y, para descansar del largo día transcurrido, el viaje a la mañana temprano, las idas y venidas con Alicia por las calles del centro, el viaje de vuelta, y estar fresco y bien dispuesto para el domingo –con tal que no amanezca lloviendo– en lo de Gutiérrez, a eso de las diez se meterá en la cama con un libro, y tratará de dormirse temprano. Con un poco de suerte, su hermana habrá cortado en una tablita algunas rodajas del segundo cilindro de deliciosa carne momificada, el chorizo chacarero que Nula le regaló el otro día. Para darse el lujo de morir, ironiza Tomatis, no queda más remedio que seguir viviendo. En el escaso resplandor rojizo que ya se va extinguiendo, borrado por la penumbra creciente del colectivo, verifica el contenido del portafolios, para asegurarse de que todo está en su lugar, y lo cierra después de retirar el alfajor y ponérselo en el bolsillo del saco, para dárselo con unas monedas, como acostumbra a hacerlo, a algunos de los chicos que piden a la salida de la Terminal, cerca de la parada de taxis.

Ahora, en lugar del círculo, hay una mancha roja diseminada en el horizonte, y toda la llanura está negra, salvo, aquí y allá, en los charcos, los esteros, las lagunas, una superficie igualmente roja que, con un poco de imaginación, permitiría suponer que el sol, ya desaparecido, estuviese tiñendo el agua por debajo, desde las antípodas. Pero es la imprevisible trayectoria de la luz que, desde el horizonte, sigue todavía demorándose en cualquier superficie que refleje, resistiendo la invasión de la noche. La mancha roja, a medida que pasan los minutos, va reduciéndose, como una herida que se cierra poco a poco dejando ver hasta el final resquicios sangrientos, hasta que por último, la negrura pareja se instala en el espacio en el que las formas diversas que asume el mundo se borran por completo, desbaratadas por una negrura lisa, abstracta, sin accidentes. Las luces artificiales las restituyen a veces, en fognazos lívidos de realidad, fragmentarios y fugaces, que casi al mismo tiempo que se encienden, improbables, se desvanecen. Los vehículos que vienen en sentido opuesto son igual de fantasmales y sus faros barren al pasar la penumbra del colectivo, permitiéndole vislumbrar, durante un par de segundos, las cabezas inmóviles o bamboleantes que sobresalen del borde superior de los asientos: la de la abuela, se acuerda Tomatis, aunque la del nieto es invisible por el momento, y la de la pareja de edad mediana que, a juzgar por las etiquetas que cuelgan de sus valijas que vio en el andén antes de ser cargadas, parecen volver de un largo viaje. El último peaje, antes de la salida para el aeropuerto, que obliga al colectivo a aminorar y detenerse, introduce unos instantes de presente rugoso, que, cuando el colectivo vuelve a rodar, acelerando, quedan irrevocablemente atrás, para seguir circulando incesantes en un pasado cada vez más arcaico y lejano, hasta arrumbarse en la noche de los tiempos. Al rato empiezan a divisarse, a lo lejos, las luces de la ciudad.

Juan José Saer, *La grande*, 2005

PORQUE ESCRIBÍ

Ahora que quizás, en un año de calma,
piense: la poesía me sirvió para esto:
no pude ser feliz, ello me fue negado,
pero escribí.

5 Escribí: fui la víctima
de la mendicidad y el orgullo mezclados
y ajusticié también a unos pocos lectores;
tendí una mano en puertas que nunca, nunca he visto;
una muchacha cayó, en otro mundo, a mis pies.

10 Pero escribí: tuve esta rara certeza,
la ilusión de tener el mundo entre las manos
–¡qué ilusión más perfecta! como un cristo barroco
con toda su crueldad innecesaria–
Escribí, mi escritura fue como la maleza
15 de flores ácimas pero flores en fin,
el pan de cada día de las tierras eriazas:
una caparazón de espinas y raíces.

De la vida tomé todas estas palabras
como un niño oropel, guijarros junto al río:
20 las cosas de una magia, perfectamente inútiles
pero que siempre vuelven a renovar su encanto.

La especie de locura con que vuela un anciano
detrás de las palomas imitándolas
me fue dada en lugar de servir para algo.
25 Me condené escribiendo a que todos dudaran
de mi existencia real,
(días de mi escritura, solar del extranjero).
Todos los que sirvieron y los que fueron servidos
digo que pasarán porque escribí
30 y hacerlo significa trabajar con la muerte
codo a codo, robarle unos cuantos secretos.
En su origen el río es una veta de agua
–allí, por un momento, siquiera en esta altura–
luego, al final, un mar que nadie ve
35 de los que están braceándose la vida.
Porque escribí fui un odio vergonzante,
pero el mar forma parte de mi escritura misma:
línea de la rompiente en que un verso se espuma
yo puedo reiterar la poesía.

40 Estuve enfermo, sin lugar a dudas
y no sólo de insomnio,
también de ideas fijas que me hicieron leer
con obscena atención a unos cuantos sicólogos,
pero escribí y el crimen fue menor,

45 lo pagué verso a verso hasta escribirlo,
porque de la palabra que se ajusta al abismo
surge un poco de oscura inteligencia
y a esa luz muchos monstruos no son ajusticiados.
Porque escribí no estuve en casa del verdugo

50 ni me dejé llevar por el amor de Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiente
ni la pobreza me pareció atroz
ni el poder una cosa deseable

55 ni me lavé ni me ensucié las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fariseo
ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.

60 Pero escribí y me muero por mi cuenta,
porque escribí porque escribí estoy vivo.

Enrique Lihn, *La musiquilla de las pobres esferas* (1969)

Mi padre siempre usó el lado rasposo de la toalla. Si algo definía su carácter era la furia para frotar y admirar su carne enrojecida; el vapor se disolvía en el espejo, mostrando a un hombre joven (en mi primer recuerdo debe haber tenido 28 años), con la toalla firmemente atada a la cintura, satisfecho de los músculos que en su particular código de valores significaban “estar vivo”. Había que mantener el cuerpo en guardia, rascarse las sienes, darse un golpe estratégico en el pecho, usar agua fría.

En la casa las toallas se planchaban hasta lograr un efecto de prensado. Al desdoblarse hacían ruido, y con ese rumor empezó mi historia general del mundo. Ignoraba casi todo, pero no que hubo una civilización con las manías paternas: Esparta.

A los seis años recibí un inútil globo terráqueo y mi índice asalchichado trató de posarse en Esparta. En vano. La nación de las molestias edificantes, donde las manzanas se comían verdes, fue derrotada por tribus confortables.

– ¿Y eso qué? – preguntó mi padre.

No me atreví a responder “eso demuestra que se equivocaron”. Para él, los rigores eran un fin en sí mismos.

Supongo que me seguí bañando porque mamá suavizaba toallas secretas para ella y para mí. Crecí del lado opuesto, algo que en la esotérica valoración de las telas familiares significaba dejarse llevar por la vida fácil, ceder a las presiones y a los gustos plácidos. Mucha miel de abeja, mucha televisión, muchos cojines en el sofá.

Ante el espejo, mi padre se adoraba con una pasión casi mística. Me cuesta trabajo encontrarle esa mirada en otras circunstancias; persigo el recuerdo de sus ojos en éxtasis y sé que corro el riesgo de inventarlo. Las formas de la memoria me recuerdan, de manera inevitable, a una esfera de dulces en la farmacia cercana a la casa. El aparato contenía caramelos redondos, de distintos colores. Con una moneda de veinte centavos se podían obtener tres o cuatro. Me gustaba localizar una bola roja en la pecera de cristal y verla descender rumbo a la boca del aparato, oprimida por las demás. En ocasiones, el dulce avistado llegaba a la cuenca de mi mano; sin embargo, ¿podía estar seguro de que se trataba del mismo que había escogido antes? Lo único cierto era que para obtener un dulce había que sacar otros. Algo semejante ocurre con los instantes perdidos; a veces no llega el momento solicitado, o llega en compañía de otros; regresa en densidad, y al final resulta imposible saber si se trata de un recuerdo auténtico o de su copia, trabajada por las manías del tiempo, las presiones de los demás instantes que pugnan por salir.

Como es de suponerse, mientras engordaba con los dulces de la farmacia no sabía que mi memoria se adiestraba en sus imposibilidades, en la azarosa contigüidad de los recuerdos.

Escojo la mirada de mi padre ante el espejo, y al girar la manivela, con los dedos pegajosos de otra hora, recibo algo que no solicité y sin embargo forma parte de ese orden.

Digo “toalla” y recupero los ojos encendidos de mi padre, pero en el lugar equivocado. El barroco desorden de ese instante no puede ser pospuesto.

Juan Villoro, “Toallas ejemplares”, en *Materia dispuesta* (1996)

Presencia

Algún día lo sabré. Este cuerpo que ha sido
Mi albergue, mi prisión, mi hospital, es mi tumba.
Esto que uní alrededor de un ansia,
De un dolor, de un recuerdo,
5 Desertará buscando el agua, la hoja,
La espora original y aun lo inerte y la piedra.
Este nudo que fui (inextricable
De cóleras, traiciones, esperanzas,
10 Vislumbres repentinos, abandonos,
Hambres, gritos de miedo y desamparo
Y alegría fulgiendo en las tinieblas
Y palabras y amor y amor y amores)
Lo cortarán los años.
Nadie verá la destrucción. Ninguno
15 Recogerá la página inconclusa.
Entre el puñado de actos
Dispersos, aventados al azar, no habrá uno
Al que pongan aparte como a perla preciosa.
Y sin embargo, hermano, amante, hijo,
20 Amigo, antepasado,
No hay soledad, no hay muerte
Aunque yo olvide y aunque yo me acabe.
Hombre, donde tú estás, donde tú vides
Permaneceremos todos

Rosario Castellanos, *Lívida luz*, 1960

Misiones

¿Para qué esa pileta en el patio, al lado de la puerta de la cocina?, preguntamos. No parecía una tina de lavar, más bien una piscina en miniatura. Ahí bañaba a los hijos, nos contestaron, y luego cuando crecieron guardaba víboras, la piletita se volvió serpentario.

Por la noche llegamos a un pueblo llamado Puerto Rico, al norte de San Ignacio, paramos en un tal Hotel Suizo. Los dueños eran, visiblemente, de origen alemán, hablaban castellano todavía con acento y guaraní (sin duda también con acento) con las sirvientas. En lugar de habitaciones había casitas tirolesas diseminadas por el parque descuidado, selvático; la mezcla de Heidi con Conrad era curiosa pero no desagradable. Hacía mucho calor, aun al atardecer, y no pudimos evitar bañarnos en una pileta de aguas turbias y perfectamente verdes. Por un caminito mal iluminado llegamos al comedor. No éramos los únicos huéspedes: un matrimonio francés, él moroso, ella gárrula, estaban sentados en la mesa de al lado. La mujer, armada de una guía y un glosario, hacía esfuerzos por hablar castellano. Nosotros pedimos algo sencillo, evitando prolijamente la mesa de entradas y fiambres sobre la que se distraían los últimos rayos de sol y las moscas. La francesa, más atrevida, quiso probar algo típico, qué nos recomienda, preguntó en bastante buen castellano. Sin vacilar la mujer contestó, con su acento alemán, entonces las berenjenas, señalando una enorme y asoleada fuente. A esto siguió el desconcierto de la jota impronunciable, la consulta del glosario (la palabra faltaba), y mi intervención como lenguaraz. Aubergine, dije, no sin inquietud, recordando la acaso exagerada aunque no infundada desconfianza de mi madre por las comidas sin refrigerar. Los franceses devoraron grandes cantidades de berenjenas en escabeche, maravillándose de que fuera un plato típico del norte argentino, mais vous savez c'est un bouillon de cultures ici. Por la mañana, pese a mis temores, estaban vivos, intocados por el botulismo. Nos saludaron al vernos pasar. La dueña del hotel nos recomendó que volviéramos. Yo estaba a punto de cruzar el umbral que daba al patio cuando me tiró de la manga haciéndome dar un paso atrás. Vimos deslizarse una viborita negra rumbo a una mata de arbustos. Estos bichos están por todos lados, dijo, tengan cuidado.

Llegamos a otras ruinas de tarde, nos costó encontrarlas porque estaban dentro de lo que ahora es un presidio. Sólo vimos los restos de la iglesia central, quedaba muy poco más. Aunque sí, había un cementerio muy posterior a los jesuitas, con unas veinte o treinta tumbas carcomidas por la humedad. Todas las lápidas estaban en alemán, en letra gótica. La más reciente era de 1911. Pensé que en una tumba así estaría enterrado el doctor Else pero no dije nada. No sabe quién es el Doctor Else, mejor me callo.

Me acuerdo de una frase, de pronto, y pienso que es una de las más bellas de la literatura argentina: “Una pareja de gucamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay”.

Sylvia Molloy, en *Varia imaginación* (2003)

sangre oscura

Ya no habría recomendaciones imposibles. Que dejara de fumar, lo primero, y segundo, que no aguantara la respiración, que no tosiera, que por ningún motivo levantara paquetes, cajas, maletas. Que jamás me inclinara ni me lanzara al agua de cabeza. Prohibidos los arrebatos carnales porque incluso en un beso apasionado podían romperse las venas. Eran quebradizas esas venas que habían brotado de la retina y se habían estirado y enroscado en el espesor del vítreo. Había que observar el crecimiento de esa enredadera de capilares y conductos, día a día vigilar su milimétrica expansión. Eso era todo lo que podía hacerse: 5
acechar el sinuoso movimiento de esa trama venosa que avanzaba hacia el centro de mi ojo. Eso es todo y es bastante, dictaminaba el oculista, eso, eso es, repetía, desviando sus pupilas hacia mi historia clínica convertida en una ruma de papeles, un manuscrito de mil páginas embutidas en una gruesa carpeta. Juntando sus cejas canosas Lekz escribía la exacta biografía de mis retinas, el pronóstico incierto. Luego aclaraba mi voz y me sometía a los pormenores de novedosos protocolos de investigación. Dejó caer en una frase los trasplantes en fase experimental. Solo que yo no calificaba para ningún experimento: o era demasiado joven, yo, 10
o las venas demasiado gruesas, o el procedimiento demasiado riesgoso. Había que esperar a que se publicaran los resultados en revistas especializadas y que el gobierno aprobara las nuevas drogas. El tiempo también crecía como venas arbitrarias y el oculista continuaba hablando sin pausa, esquivando mi impaciencia. Y si hay hemorragia, doctor, decía yo, apretando sus protocolos entre las muelas. Pero no había que pensar en eso, decía él; mejor no pensar en absoluto, solo seguir observando y tomando unas notas que luego le sería imposible descifrar. Pero pronto levantaba la vista de su ilegible caligrafía para concederme que si ocurriera, si llegara a ocurrir, si efectivamente se daba esa ocurrencia, ya veríamos. Verá usted, 15
respondí refugiada en mi odio, sin articular ni una letra: espero que vislumbre algo cuando yo ya no. Y había llegado a suceder. Yo ya no estaba viendo más que sangre por un ojo. Cuánto duraría ahora el otro sin romperse. Este era por fin el callejón sin salida, el callejón sombrío donde solo se escuchan anónimos gritos prisioneros. Pero no, tal vez no, me dije, agarrándome a mí misma sentándome sobre los abrigos en esa habitación que era de Manuela, encogiendo los dedos de los pies mientras mis zapatos se balanceaban como muertos. No, me dije, porque 20
con los ojos ya rotos yo no podría volver a bailar, a saltar, a darle patadas a las puertas sin riesgo ya de desangrarme; podría lanzarme del balcón, enterrarme una tijera abierta entre las cejas. Volverme la patrona del callejón o encontrar la salida. Eso pensé sin pensar, fugazmente. Empecé a trajinar los cajones en busca de una cajetilla olvidada y un encendedor. Iba a incendiarme una uña prendiendo el cigarrillo y a llenarme de tabaco antes de regresar a esa consulta y decirle a Lekz, con el humo subido a la cabeza, dígame qué ve ahora doctor, dígame, fría y urgente, sofocada de resentimiento, como si sus manos enguantadas me hubieran arrancado de cuajo el ojo enfermo: dígamelo ahora mismo, dígame lo que quiera porque él ya 25
no iba a poder decirme nada. Era sábado por la noche o más bien domingo y no había cómo ubicar al oculista. Y de todos modos qué podría decir él que yo no supiera ya, ¿que tenía litros de rencor dentro del ojo? 30
35
40

Lina Meruane, *Sangre en el ojo* (2017)

Allí estaba el general, mucho más alto que los demás, con la camisola militar abierta mostrando la garganta y una mecha de pelo cayéndole entre los ojos claros. Balanceaba los brazos al caminar, iba con desgano, iba aburrido y los miraba con risa. Se detuvo cuando le dijeron que lo hiciera. Indolente, apoyado sobre una pierna y en la mano un cigarrillo, miró al mundo como un gato antes de desperezarse y levantó un brazo para hacer una señal de adiós. Ese adiós que dan los hombres cuando van a dar una vueltecita por la plaza. Después estaba con las piernas flexionadas, cayendo despacio hacia atrás, junto a su tumba abierta. Luego sólo medio cuerpo, los ojos entrecerrados y la garganta gorgoteando sangre. Después el brazo del teniente sosteniendo la pistola junto a la sien del general en el momento de darle el tiro de gracia. Y al final su cabeza dormida sobre la tierra, con un agujerito cerca de la frente por el que salía un hilo negro que se perdía en el suelo de tierra removida.

Al pie de las fotografías:

“El general Rueda Quijano se dirige indolente al paredón de fusilamiento”.

“– General, ¿cuál es su última voluntad?”

“– Un cigarrillo.”

“El general fuma sin perder la ceniza de su cigarrillo; luego, sonriente, levanta la mano y se despide: *Good bye!*”

“Una descarga cerrada corta su vida”.

“El teniente da el tiro de gracia al ajusticiado.”

“El general Rueda Quijano contaba veintisiete años de edad en el momento de su muerte.”

En aquellos días las niñas ignoraban que tener veintisiete años era ser muy joven. Sin embargo, el general, alto y despreocupado, que caminaba con desgano hacia su muerte, las dejó transidas. Allí estaba diciendo adiós, sonriente, mostrando la hermosura de sus dientes y la pereza de su cuerpo ante el acto violento de morir. Muy cerca de sus ojos los fusiles y a sus espaldas un tiempo que los fotógrafos no habían registrado con sus cámaras, un tiempo sólo conocido de él. En los libros estaba la cabeza de Alejandro moribundo y en el periódico, la tierra de algún lugar de México, y caía sobre ella, la cabeza y la garganta del general moribundo. Había muerto la mañana de la víspera y las niñas contemplaban su muerte en la tarde quieta del día siguiente. Sus pasos, su indolencia, su hermosura, eran irrecuperables.

El periódico tirado sobre las losetas rojas del corredor estaba amarillento y seco; sus imágenes de tinta negra enseñaban cómo moría un general mexicano de veintisiete años. Las niñas examinaron sus botas de montar, su pantalón de gabardina, su camisola abierta, sus pasos largos, el ritmo de sus brazos y su mirada antes de morir. Examinaron también las caras serias de los soldados y luego la garganta poderosa y la cabeza del general tirada sobre la tierra removida. Se miraron. Las dos estaban echadas en el suelo, boca abajo, mirando la misma muerte del mismo general.

– Ya nunca se va a levantar – dijo Eva señalando la tierra del periódico.

– Nunca.

– Nunca. Nunca de los nuncas – insistió Eva.

Los soldados y el teniente habían cambiado de lugar y el general Rueda Quijano seguía inmóvil como una estatua rota sobre la tierra seca.

Amor vincit omnia: el amor lo vence todo. Virgilio conocía el cielo y el infierno (especialmente el infierno) pero no sabía nada del amor. Si su frase fuera verdadera yo no podría recordar las veces que todo venció a mi amor –y tuvo lugar más de una vez: no sólo fue la desilusionante Catia Bencomo y su rechazo: ocurrieron otros desdenes. Está por ejemplo el fiasco, el fracaso, la derrota total con Carmen Silva. Ella era una figura del Lyceum: al menos pareció surgir de su salón de música como Venus de entre las ondas Martenot. Es cierto que yo la había visto antes (un día saliendo del teatro Auditorium: Lyceum, Auditorium: tantos nombres latinos casi justifican la torcida cita de Virgilio y la metáfora venusina) pero fue en el Lyceum que me enamoré de ella. Ocurrió en el entreacto de un concierto de música de cámara, pero no recuerdo el programa pleno de ripienos y concertantes, aunque sí recuerdo que fui con mi madre, melómana memorable. Había llovido temprano esa tarde, uno de esos aguaceros como el amor: intensos y repentinos y fugaces, que convirtieron a Lorca en espectador de La Habana, y la noche tenía la transparencia y la frescura y el aroma de la noche habanera después de la lluvia. Supongo que así son todas las noches tropicales, pero para mí han quedado como la noche habanera. Oímos la primera parte del concierto y después –dejando a mi madre en su asiento – fui a reunirme con varios amigos (más bien conocidos), entre los que estaba Varas, cuyo nombre parecía un programa pues era un mulato largo y flaco que tocaba el bajo en la Filarmónica, el arco continuándose en su brazo esquelético. Fue él quien me presentó a Carmina, que se llamó en ese momento Carmen Silva. “Nombre para bailar”, le dije yo, pero ella misma sugirió que la llamara Carmina, “Como todos mis amigos” – y así se llama desde entonces. En un momento de la conversación ella que era muy impulsiva y encantadora entonces, me pidió prestado mi pañuelo, para secarse el sudor de la frente nerviosa creo yo, pero lo que hizo fue llevárselo a la boca y oprimirlo entre sus labios, imprimiendo claramente un beso. Para mí fue una sorpresa social (fue también sorprendente gesto para Varas, lo vi) y cuando ella me devolvió el pañuelo diciendo habaneramente: “Vaya”, no pude decir nada (no sabía si dar las gracias y por poco le digo “De nada”) sino quedarme con el pañuelo estampado en la mano, sin saber qué hacer con él aunque sabiendo en realidad que debía atesorarlo: que fue lo que hice y aunque entonces no tenía muchos pañuelos (y nadie que no haya vivido en el trópico sabe lo necesarios que son allá los pañuelos) lo guardé con la huella de los labios carmesís (ése tenía que ser el color del beso de Carmina) durante mucho tiempo.

Guillermo Cabrera Infante, *La Habana para un Infante difunto* (1979)

Yo era juiciosa y callada; no me alabo: estas virtudes subalternas originan a veces graves defectos. Por atonía o por vanidad, era más estudiosa que mis hermanos; ninguna lección me parecía nueva; me agradaba la quietud que permite el libro; me agradaba, sobre todo, el asombro que causaba mi extraordinaria facilidad para cualquier estudio. No todas mis amigas me querían, y mi compañera favorita era la soledad que me sonreía a la hora del recreo. Leía de noche, a la luz de una vela (mi madre me lo había prohibido porque era malo, no solo para la vista, sino para la cabeza). Durante un tiempo estudié el piano. Mi maestra me llamaba “Irene la Afinada” y este sobrenombre, cuyo significado no entendí y que mis compañeras repitieron con ironía, me ofendió. Pensé que mi quietud, mi aparente melancolía, mi pálido rostro, habían inspirado el sobrenombre cruel: “La Finada”. Hacer bromas con la muerte me pareció poco serio para una maestra; y un día, llorando porque ya conocía mi equivocación y mi injusticia, inventé una calumnia contra esa señorita que había querido alabarme. Nadie me creyó, pero ella, en la soledad de la sala, tomándome de la mano, me dijo una tarde: “¡Cómo puede usted repetir cosas tan íntimas, tan desdichadas!” No era un reproche: era el comienzo de una amistad.

Hubiera podido ser feliz; lo fui hasta los quince años. La repentina muerte de mi padre determinó un cambio en mi vida. Mi infancia terminaba. Trataba de pintarme los labios y de usar tacos altos. En la estación los hombres me miraban, y tenía un pretendiente que me esperaba los domingos, a la salida de la iglesia. Era feliz, si es que existe la felicidad. Me complacía en ser grande, en ser hermosa, de una belleza que algunos de mis parientes reprobaban.

Era feliz, pero la repentina muerte de mi padre, como dije anteriormente, determinó un cambio en mi vida. Cuando murió yo tenía preparado, desde hacía meses, el vestido de luto, los crespones; ya había llorado por él, en actitudes nobles, reclinada sobre la baranda del balcón. Ya había escrito la fecha de su muerte en una estampa; ya había visitado el cementerio. Todo esto se agravó a causa de la indiferencia que demostré después del entierro. En verdad, después de su muerte no pude recordarlo un solo día. Mi madre, bondadosa como era, nunca me lo perdonó. Aun hoy me mira con esa misma mirada rencorosa que despertó en mí, por primera vez, el deseo de morir. Aun hoy, después de tantos años, no olvida el anticipado vestido de luto, la fecha y el nombre escritos en una estampa, la visita inopinada al cementerio, mi indiferencia por esa muerte en el seno de una familia numerosa y afligida. Algunas personas me miraban con desconfianza. No podía reprimir mis lágrimas al oír ciertas frases sarcásticas y amargas, generalmente acompañadas de una guiñada. (Sólo entonces el olvido me pareció una dicha). Se dijo que yo estaba poseída por el demonio; que había deseado la muerte de mi padre para usar un vestido de luto y un prendedor de azabache; que lo había envenenado para frecuentar sin restricciones los bailes y la estación. Me sentí culpable por haber desencadenado tanto odio a mi alrededor. Pasé largas horas de insomnio. Logré enfermarme pero no pude morir como había deseado.

Silvina Ocampo “Autobiografía de Irene”, en *Autobiografía de Irene* (1948)

5 Mi historia, la historia de «cómo me hice monja», comenzó muy temprano en mi vida; yo acababa de cumplir seis años. El comienzo está marcado con un recuerdo vívido, que puedo reconstruir en su menor detalle. Antes de eso no hay nada: después, todo siguió haciendo un solo recuerdo vívido, continuo e ininterrumpido, incluidos los lapsos de sueño, hasta que tomé los hábitos.

10 Nos habíamos mudado a Rosario. Mis primeros seis años los habíamos pasado, papá, mamá y yo, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires del que no guardo memoria alguna y al que no he vuelto después: Coronel Pringles. La gran ciudad (era lo que parecía Rosario, viniendo de donde veníamos) nos produjo una sensación inmensa. Mi padre no demoró más que un par de días en cumplir una promesa que me había hecho: llevarme a tomar un helado. Sería el primero para mí, pues en Pringles no existían. Él, que en su juventud había conocido ciudades, me había hecho más de una vez el elogio de esa golosina, que recordaba deliciosa y festiva aunque no atinaba a explicar su encanto con palabras. Me lo había descripto, muy correctamente, como algo inimaginable para el no iniciado, y eso había bastado para que el helado echara raíces en mi mente infantil y creciera en ella hasta tomar las dimensiones de un mito.

15 Fuimos caminando hasta una heladería que habíamos localizado el día anterior. Entramos. Él pidió uno de cincuenta centavos, de pistaccio, crema americana y kinotos al whisky, y para mí uno de diez, de frutilla. El color rosa me encantó. Yo iba bien predispuesta. Adoraba a mi papá. Veneraba todo lo que viniera de él. Nos sentamos en un banco en la vereda, bajo los árboles que había en aquel entonces en el centro de Rosario: plátanos. Observé cómo lo hacía papá, que en segundos había dado cuenta del copete de crema verde. Cargué la cucharita con extremo cuidado, y me la llevé a la boca.

20 Bastó que las primeras partículas se disolvieran en mi lengua para sentirme enferma del disgusto. Nunca había probado algo tan repugnante. Yo era más bien difícil en la alimentación, y la comedia del asco no tenía secretos para mí, cuando no quería comer; pero esto superaba todo lo que hubiera experimentado nunca; mis peores exageraciones, incluidas las que nunca me había permitido, se veían justificadas de sobra. Por una fracción de segundo pensé en disimularlo. Papá había puesto tanta ilusión en hacerme feliz, y eso era tan raro en él, un hombre distante, violento, sin ternuras visibles, que echar por la borda la ocasión me pareció un pecado. Pasó por mi mente la alternativa atroz de tragar todo el helado, sólo por complacerlo. Era un dedal, el vasito más chico, para párvulos, pero ahora me parecía una tonelada.

25 No sé si mi heroísmo habría llegado a tanto, pero no pude siquiera ponerlo a prueba. El primer bocado me había dibujado en el rostro una mueca involuntaria de asco que él no pudo dejar de ver. Fue una mueca casi exagerada, en la que se conjugaba la reacción fisiológica y su acompañamiento psíquico de desilusión, miedo, y la trágica tristeza de no poder seguir a papá ni siquiera en este camino de placeres. Habría sido insensato intentar ocultarlo; ni siquiera hoy podría hacerlo, porque esa mueca no se ha borrado de mi cara.

—¿Qué te pasa?

30 En su tono ya estaba todo lo que vino después.

[...] Sin alzar los ojos del instrumento, donde parecía buscar algo, el negro dijo con dulzura:

—Ya sabía yo, señor, que podía contar con usted.

El otro, con voz áspera, replicó:

5 —Y yo con vos, moreno. Una porción de días te hice esperar, pero aquí he venido.

Hubo un silencio. Al fin, el negro respondió:

—Me estoy acostumbrando a esperar. He esperado siete años.

El otro explicó sin apuro:

—Más de siete años pasé yo sin ver a mis hijos.

10 Los encontré ese día y no quise mostrarme como un hombre que anda a las puñaladas.

—Ya me hice cargo —dijo el negro—. Espero que los dejó con salud.

El forastero, que se había sentado en el mostrador, se rió de buena gana. Pidió una caña y la paladeó sin concluirla.

15 —Les di buenos consejos —declaró—, que nunca están de más y no cuestan nada. Les dije, entre otras cosas, que el hombre no debe derramar la sangre del hombre.

Un lento acorde precedió la respuesta de negro:

—Hizo bien. Así no se parecerán a nosotros.

—Por lo menos a mí —dijo el forastero y añadió como si pensara en voz alta—: Mi destino ha querido que yo matara y ahora, otra vez, me pone el cuchillo en la mano.

20 El negro, como si no lo oyera, observó:

—Con el otoño se van acortando los días.

—Con la luz que queda me basta —replicó el otro, poniéndose de pie.

Se cuadró ante el negro y le dijo como cansado:

—Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de contrapunto.

25 Los dos se encaminaron a la puerta. El negro, al salir, murmuró:

—Tal vez en éste me vaya tan mal como en el primero.

El otro contestó con seriedad:

—En el primero no te fue mal. Lo que pasó es que andabas ganoso de llegar al segundo.

30 Se alejaron un trecho de las casas, caminando a la par. Un lugar de la llanura era igual a otro y la luna resplandecía. De pronto se miraron, se detuvieron y el forastero se quitó las espuelas. Ya estaban con el poncho en el antebrazo, cuando el negro dijo:

—Una cosa quiero pedirle antes que nos trabemos. Que en este encuentro ponga todo su coraje y toda su maña, como en aquel otro de hace siete años, cuando mató a mi hermano.

35 Acaso por primera vez en su diálogo, Martín Fierro oyó el odio. Su sangre lo sintió como un acicate. Se entreveraron y el acero filoso rayó y marcó la cara del negro.

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música... Desde su catre, Recabarren vio el fin. Una embestida y el negro reculó, perdió pie, amagó un hachazo a la cara y se tendió en una puñalada profunda, que penetró en el vientre.

40 Después vino otra que el pulpero no alcanzó a precisar y Fierro no se levantó. Inmóvil, el negro parecía vigilar su agonía laboriosa. Limpió el facón ensangrentado en el pasto y volvió a las casas con lentitud, sin mirar para atrás. Cumplida su tarea de justiciero, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro: no tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre.

Antígona ahorcada. Ciñe sus cabellos una corona de flores blancas, marchitas. Después de un momento, lentamente, afloja y quita el lazo de su cuello, se acomoda el vestido blanco y sucio. Se mueve, canturreando.

5 *Sentados junto a una mesa redonda, vestidos con trajes de calle, dos hombres toman café. El Corifeo juega con una ramita flexible, rompe pequeños trozos de la servilleta de papel y las agrega a modo de flores. Lo hace distraído, con una sonrisa de burla.*

Corifeo: ¿Quién es ésa? ¿Ofelia? (*Ríen. Antígona los mira*). Mozo, ¡otro café!

Antígona (*canta*):

10 “Se murió y se fue, señora;
Se murió y se fue;
El césped cubre su cuerpo,
Hay una piedra a sus pies.”

Corifeo: Debiera, pero no hay. ¿Ves césped? ¿Ves piedra? ¿Ves tumba?

Antínoo: ¡Nada!

15 Antígona (*canta*):

“...un sudario lo envolvió;
cubrieron su sepultura
flores que el llano regó”.

(*Mira curiosamente las tazas*). ¿Qué toman?

20 Corifeo: Café.

Antígona: ¿Qué es eso? Café.

Corifeo: Probá.

Antígona: No. (*Señala*). Oscuro como el veneno.

25 Corifeo (instantáneamente recoge la palabra): ¡Sí, nos envenenamos! (*Ríe*) ¡Muerto estoy! (*Se levanta, duro, los brazos hacia adelante. Jadea estertoroso*).

Antínoo: ¡Que nadie lo toque! ¡Prohibido! Su peste es contagiosa. ¡Contagiará la ciudad!

Antígona: ¡Prohibido! ¿Prohibido? (*Como ajena a lo que hace, le saca la corona al Corifeo, la rompe*)

Antínoo: ¡Te sacó la coronita!

30 Corifeo: ¡Nadie me enterrará!

Antínoo: Nadie.

Corifeo: ¡Me comerán los perros! (*Jadea estertoroso*)

Antínoo: ¡Pobrecito! (*Lo abraza. Ríen, se palmean*)

Corifeo (*le ofrece su silla*): ¿Querés sentarte?

35 Antígona: No. Están pelando ahora.

Antínoo: ¡No me digas!

Corifeo: Sí. Se lastimarán con las espadas. ¡Pupa!, y serás la enfermera. (*Se le acerca con una intención equívoca que Antígona no registra, sólo se aparta*). ¿Cómo los cuidarás? ¿Dónde?

Antígona: Yo seré quien lo intente.

40 Corifeo: ¿Qué?

Antígona: Dar sepultura a Polinices, mi hermano.

Corifeo (*guasón*): ¡Prohibido, prohibido! ¡El rey lo prohibió! ¡“Yo” lo prohibí!

Antínoo: ¡Que nadie lo toque!

Corifeo: Quien se atreva... (*se rebana el cuello*)

45

FESTIVIDAD

La acumulación triunfal
En la mañana festiva
Hinche de celeste azul
La blancura de la brisa.
5 ¡Florestas, giros, suspiros
En islas a la deriva!
Pies desnudos trazan vados
Entre todas las orillas
Que Junio fomenta, verdes
10 Liberales y garridas.
Y los aros de los niños
Fatalmente multiplican
Ondas de gracia sobrante,
Para dioses todavía.
15 ¡Tanta claridad levantan
Las horas de arena fina!
Los enamorados buscan,
Buscan una maravilla.
¡Qué bien por el río bogan!
20 ¡Al mar! Ya el mar los hechiza
Pero los cielos difusos
Luces agudas enviscan.
Caballos corren, caballos
Perseguidos por las dichas.
25 ¡Vientos esbeltos! Sus ángeles,
Que un frescor de costa guía,
Aman a muchachas blancas,
Blancas, pleamar divina.
Pleamar también del mar
30 Corvo de animal delicia:
Obstinación de querencia
Turnos de monotonía,
Pero en ápice de crisis
Que tiende choques en chispas
35 Al azul, aunque celeste,
Vivacísimo en la brisa.
¡Júbilo, júbilo, júbilo!
Y rinde todas sus cimas
—Fuerza de festividad—
40 Todo el resplandor del día.

Jorge Guillén (1893-1984), *Cántico* (1928)

Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas, o sobre el suministro, o sobre aquel niño muerto que alguien no recuerda, sobre aquel niño muerto que, ¿no se acuerda usted?, tenía el pelito rubio, era muy mono y más bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color beige y debía andar por los cinco años. En estas tardes, el corazón del Café late como el de un enfermo, sin compás, y el aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento más tibio que no se sabe de donde viene, un aliento lleno de esperanza que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu.

5 A don Jaime Arce, que tiene un gran aire a pesar de todo, no hacen más que protestarle letras. En el
Café, parece que no, todo se sabe. Don Jaime pidió un crédito a un Banco, se lo dieron y firmó unas letras.
10 Después vino lo que vino. Se metió en un negocio donde lo engañaron, se quedó sin un real, le presentaron las
letras al cobro y dijo que no podía pagarlas. Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala
suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, ésa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de
suerte. Otros tan vagos o más que él, con un par de golpes afortunados, se hicieron con unos miles de duros,
15 pagaron las letras y andan ahora por ahí fumando buen tabaco y todo el día en taxi. A don Jaime Arce no le
pasó esto, le pasó todo lo contrario. Ahora anda buscando un destino, pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto
a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el
día en el Café, con la cabeza apoyada en el respaldo de pelu che, mirando para los dorados del techo. A veces
cantaba por lo bajo algún que otro trozo de zarzuela mientras llevaba el compás con el pie. Don Jaime no solía
pensar en su desdicha; en realidad, no solía pensar nunca en nada. Miraba para los espejos y se decía: "¿Quién
20 habrá inventado los espejos?" Después miraba para una persona cualquiera, fijamente, casi con impertinencia:
"¿Tendrá hijos esa mujer? A lo mejor, es una vieja pudibunda". "¿Cuántos tuberculosos habrá ahora en este
Café?" Don Jaime se hacía un cigarrillo finito, una pajita, y lo encendía. "Hay quien es un artista afilando
lápices, les saca una punta que clavaría como una aguja y no la estropean jamás." Don Jaime cambia de postura,
se le estaba durmiendo una pierna. "¡Qué misterioso es esto! Tas, tas; tas, tas; y así toda la vida, día y noche,
25 invierno y verano: el corazón."

A una señora silenciosa que suele sentarse al fondo, conforme se sube a los billares, se le murió un
hijo, aún no hace un mes. El joven se llamaba Paco, y estaba preparándose para Correos. Al principio dijeron
que le había dado un parálisis, pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco y
además perdió el sentido en seguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva
30 y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante); fue una pena grande que se
muriese. Paco había andado siempre medio malo desde una mojadura que se dio un invierno, siendo niño. Su
madre se había quedado sola, porque su otro hijo, el mayor, andaba por el mundo, no se sabía bien dónde. Por
las tardes se iba al Café de doña Rosa, se sentaba al pie de la escalera y allí se estaba las horas muertas,
cogiendo calor. Desde la muerte del hijo, doña Rosa estaba muy cariñosa con ella. Hay personas a quienes les
35 gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de
ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse
quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía
que claro que, bien mirado, tenía razón. La madre de Paco se llamaba Isabel, doña Isabel Montes, viuda de
Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia.
40 En el Café suelen respetar su silencio y sólo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una
mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle: "¿Qué? ¿Ya se va levantando ese
espíritu?" Doña Isabel sonríe y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira
para la amiga y dice: "¡Qué guapetona está usted, Fulanita!" Lo más frecuente, sin embargo, es que no diga
nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse, y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra
45 manera de ser distinta, por lo menos.

Camilo José Cela (1916-2002), *La Colmena* (1951)

5 Cuando mi madre acabe de recoger la ropa, nos iremos a casa por la Cuesta de la Vega. Me gusta el camino, pues pasamos bajo el Viaducto, un puente de hierro muy grande que cruza por encima de la calle de Segovia. Desde allá arriba se tira la gente para matarse. Yo sé dónde hay una losa en la acera de la calle de Segovia que está partida en cuatro pedazos, porque se tiró uno y pegó con la cabeza. La cabeza se hizo una
10 torta y la piedra se rompió. Han grabado una cruz pequeñita para que se sepa. Cuando paso por debajo del Viaducto, miro a lo alto por si se tira alguno, porque no tendría gracia que nos aplastara a mi madre y a mí. Todavía si cayera encima del talego que lleva el señor Manuel, no se haría mucho daño, porque es un talego muy grande, más grande que un hombre. Como yo hago la cuenta de la ropa con mi madre, sé lo que cabe: veinte sábanas, seis manteles, quince camisas, doce camisones, diez pares de calzoncillos, en fin, una
15 enormidad de cosas. El señor Manuel, el pobre, cuando llega a lo alto de la buhardilla, se tiene que agachar para entrar por la puerta. Deja caer el saco despacito para que no estalle, y se queda arrimado a la pared respirando muy de prisa y cayéndole el sudor por la cara. Mi madre le da siempre un vaso de vino muy lleno y le dice que se siente. Si bebiera agua, se moriría, porque se le cortaría el sudor. Se bebe el vaso de vino y luego saca un montón de colillas del bolsillo y un librito de papel de fumar de hojas muy grandes, y se hace con las colillas un cigarrillo muy gordo y muy mal hecho. Una vez le robé a mi tío un puro con sortija y se lo traje. Él le contó a mi madre y ésta me regañó. Luego mi madre se lo contó a mi tío y éste también me regañó, porque no se deben robar las cosas; después me dio un beso y me llevó al cine, porque dijo que tenía buenos sentimientos; y en realidad no sé si he hecho bien o mal dándole el puro al señor Manuel. Aunque creo que he hecho bien, porque el hombre se alegró mucho; se lo fumó un día, después de comer, y luego se guardó la colilla; la picó y se hizo cigarrillos con ella. Ahora, algunas veces, el tío me da alguno de sus cigarros para que
20 se los dé al señor Manuel. Antes, no me los daba.

El Viaducto está hecho todo en hierro, igual que la torre Eiffel de París, pero claro que no es tan alto. La torre Eiffel es una torre de hierro muy grande, que hizo un ingeniero francés en París, para una exposición que hubo allí cuando yo nací. De esto estoy muy bien enterado, porque mi tío tiene *La Ilustración* y allí está
25 la torre y el retrato del ingeniero, un señor con una barba muy grande como todos los franceses. Luego, parece que cuando se acabó la exposición no pudieron desatornillar la torre, y la han dejado allí hasta que se hunda. El día que se hunda, se caerá sobre el Sena, el río que pasa por París, y hundirá muchas casas. Parece que las gentes de París tienen mucho miedo y algunos se han mudado para que no les aplaste.

Al Viaducto, el mejor día le pasa lo mismo y se hunde, porque cuando pasan los soldados a caballo
30 por él, les hacen ir al paso y aun así se mueve el piso del puente. Se pone uno en medio y sube y baja como si hubiera un terremoto. Mi tío dice que si no se cimbreara así, se hundiría: pero es claro que si se cimbreara demasiado se romperá, y esto es lo que va a pasar cualquier día. No me gustaría que me pillara debajo, porque al que pille le mata, pero sería bonito verlo hundirse. El año pasado el Día de Inocentes, el *ABC*, que trae unas fotos muy buenas, trajo una con el Viaducto hundido. Era una broma de inocentes, pero mucha gente fue a verlo, porque como estaba retratado creyeron que era verdad. Se enfadaron mucho con el periódico, pero creo que les pasó lo que a mí, que se enfadaron porque no era verdad.
35

Arriba, a lo largo de la barandilla de cada lado, se pasea una pareja de guardias para que la gente no se tire. Así, cuando alguno se quiere tirar, tiene que esperar a que sea de noche y muy tarde; y cuando los guardias están dormidos, se tira. Hasta que se duermen los guardias, los pobres deben aburrirse horriblemente, dando
40 vueltas por las calles sin poderse matar. Luego tienen que gatear por la barandilla. Los viejos no se pueden tirar por el Viaducto, porque no pueden gatear. Se ahorcan o se tiran al estanque grande del Retiro. De aquí los sacan casi siempre y les aprietan la tripa, como al cojito, para que echen el agua y no se ahoguen.

Mi madre dice que se matan porque no tienen dinero para comer, pero yo no me mataría. Robaría un pan y saldría corriendo. Como soy un chico no me pueden llevar a la cárcel.
45

UN ESPAÑOL HABLA DE SU TIERRA

Las playas, parameras
Al rubio sol durmiendo,
Los oteros, las vegas
En paz, a solas, lejos;

5

Los castillos, ermitas,
Cortijos y conventos,
La vida con la historia,
Tan dulces al recuerdo,

10

Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos,
De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

15

Una mano divina
Tu tierra alzó en mi cuerpo
Y allí la voz dispuso
Que hablase tu silencio.

20

Contigo solo estaba,
En ti sola creyendo;
Pensar tu nombre ahora
Envenena mis sueños.

25

Amargos son los días
De la vida, viviendo
Sólo una larga espera
A fuerza de recuerdos.

30

Un día, tú ya libre
De la mentira de ellos,
Me buscarás. Entonces
¿Qué ha de decir un muerto?

35

Luis Cernuda (Espagne, 1902-1963), *Las Nubes* (1940).

(HIJO DE LA SOMBRA)

Eres la noche, esposa: la noche en el instante
mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

5

Forjado por el día, mi corazón que quema
lleva su gran pisada de sol adonde quieres,
con un solar impulso, con una luz suprema,
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

10

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su avaricioso anhelo de imán y poderío.
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío.

15

El aire de la noche desordena tus pechos,
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.
Como una tempestad de enloquecidos lechos,
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

20

La noche se ha encendido como una sorda hoguera
de llamas minerales y oscuras embestidas.
Y alrededor la sombra late como si fuera
las almas de los pozos y el vino difundidas.

25

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,
la visible ceguera puesta sobre quien ama;
ya provoca el abrazo cerrado, ciegamente,
ya recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.

30

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,
besos que la constelen de relámpagos largos,
bocas embravecidas, batidas, que atenacen,
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

35

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

40

El hijo está en la sombra que acumula luceros,
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.
Brotan de sus perezas y de sus agujeros,
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

45

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surtido,
y a su origen infunden los astros una siembra,
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra.

50

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,
tendiendo está la sombra su constelada umbría,
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.

Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

Miguel Hernández (1910-1942), *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941).

Llegué hacia la mitad de septiembre, después de un viaje interminable. El tren tuvo dos averías, la segunda pesada de arreglar, ya a pocos kilómetros de la llegada, en medio de unos rastrojos, y en ese rato, que fue largo, se puso el sol y me dio tiempo a terminarme los pitillos. Había sido una tarde de mucho calor. Salí al pasillo. Un pastor inmóvil estaba mirando los vagones con las manos apoyadas en su palo y algunos de los borregos que se habían quedado por el sol tenían una sombra grotesca y movediza de patas muy largas. La sombra de algún perfil o un brazo de los viajeros asomados se movía también sobre la tierra. En el límite, a cosa de un kilómetro, vi unos pocos llanos y, apenas levantadas del sembrado, las casas de un pueblo chico. A un muchacho pecoso que andaba por allí con tirador en la mano le llamaron desde una ventanilla, le preguntaron que si podía traer unas gaseosas. "Mande, ¿es a mí?" "Unas gaseosas, digo, o algo para beber." No respondió y se echó a correr por el sendero del pueblo. Los viajeros, aburridos, empezaron a bajarse a la vía, y se formó desde la máquina a los vagones de primera una especie de paseo provinciano. El padre de una chica de rosa, que iba en mi departamento, se encontró con un amigo; se pusieron a lamentarse de no haberse encontrado en todo el trayecto. El de mi departamento venía de San Sebastián, decía que la mujer y los hijos se pasaban todo el santo día inventando gastos y diversiones. De tiendas y de meriendas y de cines. Uno que papá veinte duros, otro que nos vamos en bici a Igueldo, otro que venía tarde a cenar... Y cuando llovía, no sabías dónde meterte con aquel gentío. Ni sitio para sentarse a leer el periódico. En el hotel te comían las moscas, en el café una cocacola diez pesetas, los cines abarrotados... Él iba contando estas cosas con los dedos, disparándolos al aire sucesivamente en firmes sacudidas, empezando por el pulgar. Sacaron las petacas y fumaron. El otro señor había estado en un balneario y decía que allí se comía muy bien y que era vida tranquila y sana. Le preguntó que si venían en segunda. "Sí. No encontramos primera con las dificultades de última hora. Ahí, en ese vagón, donde está asomada mi chica." La chica de rosa miraba hacia el pueblo con ojos de aburrimiento; el amigo de su padre puso un gesto ponderativo al volverse hacia arriba y mirarla, dijo que era muy guapa, que no se acordaba de ella. "Goyita, este señor es don Luis, el del almacén de curtidos. "Encantada. Sonreía al decir", con los labios estirados. "Vaya, y qué, ahora a hacer estragos en las fiestas del Casino, ¿eh?, ¿o ya tienes novio tú?" "¿Ésta?, ¿novio? A buena parte va. Más le gusta bailar con unos y con otros. A ésta con novio, la mataba, fíjese. La mataba." "Hace bien, ya lo creo, en divertirse todo lo que pueda. Juventud, divino tesoro. A ti te tengo que presentar yo a mi hijo el mayor, el que estudia Derecho. Menudo elemento también para eso del baile. A lo mejor lo conoces." Ella hizo un gesto ambiguo con la boca. "No sé. A lo mejor."

Me fui adonde la máquina, a curiosear la avería. Volvió el muchacho pecoso con un hombre vestido de pana y traían un burro cargado de sandías; se pusieron a venderlas entre la gente que tenía sed. Fue un acontecimiento y todos compraron; pedían dinero los niños a sus padres y los que se habían quedado en el tren encargaban a los de abajo que les comprasen. Me dio la impresión de que era como una gran familia de viajeros y que todos o casi todos se conocían. Yo también compré sandía, que la vendían por rajadas gordas, y cuando volví a subir al departamento me goteaba el zumo por la barbilla. La chica de rosa se había puesto a hablar con otra vestida de rayas con escote muy grande en el traje, y estaban con-trayendo una súbita y entusiasta amistad. La de rayas venía en primera, pero se sentó allí. "Me he tirado un viaje" decía. "Todos viejos. Si sé me vengo aquí contigo." Era de Madrid y venía a pasar las fiestas a casa de un cuñado. La otra chica le explicaba con orgullo y suficiencia cómo eran las fiestas y le ofrecía presentarle a gente y llevarla con ella y sus amigas a los bailes de noche. Hablaban cada vez en tono más íntimo de cuchicheo y me empezó a entrar sueño. La chica de Madrid llevaba sandalias de tiras y las uñas de los pies pintadas de escarlata, la de rosa tenía medias. Con el topetazo de la máquina nueva que trajeron de la ciudad, volvía a abrir los ojos. Cantaban los grillos furiosamente. El pastor había atravesado la vía y se alejaba lentamente con su rebaño disperso. Había cedido el calor de la tarde y las voces sonaban más animadas y despiertas, como liberadas. Las personas subían al tren en grupos, bromeando, y traían el rostro satisfecho. Se metían en sus departamentos igual que cuando se entra en el vestíbulo en los entreactos del teatro. "Bueno, hombre, bueno. Parece que ahora va de veras."

45 Cuando volvió a arrancar el tren cerré otra vez los ojos. Pensaba que entre el retraso y eso de las fiestas lo más seguro era que no estuviera nadie en la estación a esperarme.

Carmen Martín Gaité (1926-2000), *Entre visillos* (1957)

Respuesta

Quisiera que tú me entendieras a mí sin palabras.
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente.
Que tú me entendieras a mí sin palabras
como entiendo yo al mar o a la brisa enredada en un álamo verde.

5 Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte,
Hace ya mucho tiempo aprendí hondas razones que tú no comprendes.
Revelarlas quisiera, poniendo en mis ojos el sol invisible,
la pasión con que dora la tierra sus frutos calientes.

10 Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Siento arder una loca alegría en la luz que me envuelve.
Yo quisiera que tú la sintieras también inundándote el alma,
yo quisiera que a ti, en lo más hondo, también te quemase y te hiriese.
Criatura también de alegría quisiera que fueras,
criatura que llega por fin a vencer la tristeza y la muerte.

15 Si ahora yo te dijera que había que andar por ciudades perdidas
y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil,
y cantar bajo un árbol de estío tus sueños oscuros,
y sentirte hecho de aire y de nube y de hierba muy verde...

20 Si ahora yo te dijera
que es tu vida esa roca en que rompe la ola,
la flor misma que vibra y se llena de azul bajo el claro nordeste,
aquel hombre que va por el campo nocturno llevando una antorcha,
aquel niño que azota la mar con su mano inocente...

25 Si yo te dijera estas cosas, amigo,
¿qué fuego pondría en mi boca, qué hierro candente,
qué olores, colores, sabores, contactos, sonidos?
Y ¿cómo saber si me entiendes?

30 ¿Cómo entrar en tu alma rompiendo sus hielos?
¿Cómo hacerte sentir para siempre vencida la muerte?
¿Cómo ahondar en tu invierno, llevar a tu noche la luna,
poner en tu oscura tristeza la lumbre celeste?

Sin palabras, amigo; tenía que ser sin palabras como tú me entendieses.

José Hierro (1922-2002), *Alegría* (1947)

Apoyado en la pared de una tienda de recuerdos turísticos, el Potro del Mantelete vigilaba la puerta del Arzobispado. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuadros demasiado estrecha, abierta sobre un suéter blanco de cuello de cisne que moldeaba sus pectorales enjutos y recios. Un palillo se le movía rítmicamente de una a otra comisura de la boca, y entornaba los ojos bajo las cejas surcadas de cicatrices con la mirada fija en el hueco que enmarcaban las columnas gemelas del pórtico barroco. No lo pierdas de vista, había ordenado don Ibrahim antes de meterse dentro de la tienda a mirar postales y curiosear, porque los tres de plantón hacían demasiado bulto en la acera. Como el Potro era hombre cabal, de confianza, y la espera se prolongaba, don Ibrahim y la Niña Puñales, después de repasar ante la mirada suspicaz del tendero todos los expositores de postales y las vitrinas con camisetas, abanicos, castañuelas y reproducciones en plástico de la Giralda y la Torre del Oro, decidieron trasladarse al bar más cercano, en la otra esquina de la calle, donde la Niña debía de rondar ya la quinta manzanilla. Así que el Potro, en ausencia de nuevas órdenes, no perdía de vista la puerta. En la hora larga que el cura alto llevaba allí adentro, aquél sólo había apartado la mirada dos veces: el tiempo empleado por una pareja de guardias en pasarle por delante, una vez calle arriba y otra, al regreso, calle abajo; momentos dedicados por el Potro a contemplarse detenidamente las puntas de los zapatos. Cuatro cornadas, dos reenganches en la Legión y un cerebro que funcionaba a piñón fijo, contuso por golpes y campanillazos de asalto en asalto, imprimen carácter. Si don Ibrahim o la Niña Puñales hubieran llegado a olvidarlo, él habría sido capaz de permanecer inmóvil noche y día, bajo el sol o la lluvia, hasta ser relevado o caer desfallecido, sin mover los ojos de la puerta del Arzobispado como un concienzudo centinela. Del mismo modo que veintitantos años atrás, durante una bronca impresionante en una plaza de mala muerte, cuando su apoderado le dijo aquello de si no te mata el toro, desgraciado, te mata el público a la salida, el Potro del Mantelete, con el sudor en la cara y el miedo en los ojos, se había ido a los medios con la muleta en la cintura para quedarse allí, inmóvil, hasta que el morlaco – *Carnicero*, se llamaba – se le vino encima, y con la cuarta y última cornada de su carrera lo sacó para siempre de la plaza y de los toros. Después, episodios similares fueron añadiendo cicatrices a su cuerpo y a su memoria en el pugilismo, en el Tercio y en el penal del Puerto de Santa María. Porque si es cierto que la materia gris del Potro del Mantelete tenía las mismas luces que un trozo de madera, en su caso era ésta, sin duda, madera de héroe.

Arturo PÉREZ–REVERTE, *La piel del tambor* (1995), Madrid, Alfaguara, 2007.

Entonces, el mundo empezaba cuando yo saltaba sigilosa de la cama, me asomaba a la puerta y vigilaba cautelosamente el largo pasillo que conducía a la otra puerta, la que me llevaría a la habitación más misteriosa de la casa: el salón, tan respetado por las dos mujeres que componían, entonces, lo más parecido a mi familia, y, para mí, el umbral del mundo en que realmente vivía. La noche era mi lugar, el que yo me había creado, o él me había creado a mí, allí donde yo verdaderamente habitaba. Despertar en la noche, adormecer en la mañana, y aquel vivir a contrapelo, fue quizá la razón de la tenue felicidad que me salvó de cosas como saber que nunca fui deseada, de haber nacido a destiempo en una familia que había ya perdido la ilusión y la práctica del amor.

Al salón se llegaba cruzando el pasillo. Cuando se atravesaban las puertas encristaladas que conducían a la zona donde el parquet se enceraba y cubría a trechos por gruesas alfombras. Aquellas alfombras (aún hoy soñadas) donde se hundían a placer los pies descalzos. A veces yo creía que el pasillo era un río, y que por él se deslizaban barcos de papel de periódico, como los que hacía a veces Tata María, cuando yo era aún muy pequeña, con las páginas de los *ABC* atrasados. Y en uno de aquellos barcos, llenos de sucesos y anuncios, yo navegaba, con un dedo sobre los labios para imponer silencio a todas las invisibles y visibles criaturas que me acompañaban o espiaban en la travesía. La oscuridad no era total, como en el dormitorio. Apenas se cruzaba la puerta encristalada empezaba la noche de las luces apagadas y las luces que se encienden de trecho en trecho, a veces repentinamente; un súbito cuadro de luz amarilla sobre el suelo, que poco después desaparecía; y un poco más allá, el reflejo de la luna en algún objeto cristalino. Hasta llegar al otro lado de la puerta en vaivén, como las de las películas de vaqueros, pero de cristal. Y empezaba mi noche, con el salón y las llamitas que había encendido mi amigo el farolero y teñían los visillos de un tenue resplandor azul.

El salón era, quizá, la habitación más importante de la casa. Yo desembarcaba a sus puertas y lo contemplaba temiendo, con el golpeteo de mi corazón, que llegara uno de aquellos altos y extraños seres Gigantes que me atemorizaban —entre los que se contaban también, pese a mí misma, papá y mamá— y me devolvieran al temible reino del sol. El desapego de los Gigantes favorecía, de todos modos, el éxito de aquellas incursiones nocturnas. Si no tenía acceso a sus vidas, ellos no la tendrían a la mía: y la mía era infinitamente mejor. Eso me parecía entonces (y aún puedo afirmar ahora, cuando estoy a punto de decir adiós a cuanto me rodea y me rodeó). No puedo permitirme el disimulo ni la falsedad, porque estoy recuperando recuerdos, retazos de un barco de papel arrinconado al fondo de un cajón que nunca tuve valor para abrir.

Acostumbraba a instalarme agazapada bajo un sofá de altas patas torneadas, hermoso e incómodo —como casi todo lo hermoso—. No era un espionaje, más bien un refugio.

Se trataba de la más espaciosa de las habitaciones. Para mí, entonces, tan enorme como lo eran sus muebles y todo cuanto allí se acumulaba. A menudo tomaban formas de animales o montañas, y hasta cascadas, que caían suavemente y sin ruido sobre los dibujos de la alfombra. Olía de un modo especial, distinto al resto de la casa. Yo le llamo ahora «olor al salón», una mezcla de olor a alfombra calentada por los radiadores, y a cera de parquet, y a madera de caoba. Del techo colgaban dos grandes lámparas, como árboles de cuyas ramas, en lugar de hojas, nacían cristales. Reflejaban estrellitas móviles, como si tuvieran vida y su vida fuera el resplandor que emanaba de allá abajo, de la acera donde, a su vez, otras llamitas azules temblaban en sus fanales.

Tata María y la cocinera Isabel sentían un respeto casi reverencial hacia aquellas dos lámparas a las que, ante mi desconcierto, llamaban «arañas». La única araña que yo había visto apareció un día en el cuarto trastero, junto a la cocina. Fue una verdadera conmoción en el mundo en que yo me movía (la cocina, el cuarto de plancha, la despensa). Apareció provocando gritos histéricos. Ante mi asombro, Tata María, siempre tan seria y mesurada, se subió a una silla, sofocando gritos con la mano sobre la boca, hasta que Isabel mató a la araña de un palmetazo. Era un animal pequeño, negro y peludo, que me despertó más curiosidad que asco y, finalmente, una cierta compasión. Isabel recogió en un papel lo que quedaba de ella y lo tiró a la basura. Así que poca cosa tenía que ver con las dos lámparas que tanta admiración, y hasta veneración, despertaban en las dos mujeres. Cosas como éstas contribuían a aumentar día a día la distancia que me separaba del mundo de las personas mayores: Gigantes lejanos, impredecibles y un poco ridículos.

Emma Valcárcel fue una hija única mimada. A los quince años se enamoró del escribiente de su padre, abogado. El escribiente, llamado Bonifacio Reyes, pertenecía a una honrada familia, distinguida un siglo atrás, pero, hacía dos o tres generaciones, pobre y desgraciada. Bonifacio era un hombre pacífico, suave, moroso, muy sentimental, muy tierno de corazón, maniático de la música y de las historias maravillosas, buen parroquiano del gabinete de lectura de alquiler que había en el pueblo. Era guapo a lo romántico, de estatura regular, rostro ovalado pálido, de hermosa cabellera castaña, fina y con bucles, pie pequeño, buena pierna, esbelto, delgado, y vestía bien, sin afectación, su ropa humilde, no del todo mal cortada. No servía para ninguna clase de trabajo serio y constante; tenía preciosa letra, muy delicada en los perfiles, pero tardaba mucho en llenar una hoja de papel, y su ortografía era extremadamente caprichosa y fantástica; es decir, no era ortografía. Escribía con mayúsculas las palabras a que él daba mucha importancia, como eran: amor, caridad, dulzura, perdón, época, otoño, erudito, suave, música, novia, apetito y otras varias. El mismo día en que el padre de Emma, don Diego Valcárcel, de noble linaje y abogado famoso, se le ocurrió despedir al pobre Reyes, porque «en suma no sabía escribir y le ponía en ridículo ante el Juzgado y la Audiencia», se le ocurrió a la niña escapar de casa con su novio. En vano Bonifacio, que se había dejado querer, no quiso dejarse robar; Emma le arrastró a la fuerza, a la fuerza del amor, y la Guardia Civil, que empezaba a ser benemérita, sorprendió a los fugitivos en su primera etapa. Emma fue encerrada en un convento y el escribiente desapareció del pueblo, que era una melancólica y aburrida capital de tercer orden, sin que se supiera de él en mucho tiempo. Emma estuvo en su cárcel religiosa algunos años, y volvió al mundo, como si nada hubiera pasado, a la muerte de su padre; rica, arrogante, en poder de un curador, su tío, que era como un mayordomo. Segura ella de su pureza material, todo el empeño de su orgullo era mostrarse inmaculada y obligar a tener fe en su inocencia al mundo entero. Quería casarse o morir; casarse para demostrar la pureza de su honor. Pero los pretendientes aceptables no parecían. La de Valcárcel seguía enamorada, con la imaginación, de su escribiente de los quince años; pero no procuró averiguar su paradero, ni aunque hubiese venido le hubiera entregado su mano, porque esto sería dar la razón a la maledicencia. Quería antes otro marido. Sí, Emma pensaba así, sin darse cuenta de lo que hacía: «Antes otro marido». El después que vagamente esperaba y que entreveía, no era el adulterio, era... tal vez la muerte del primer esposo, una segunda boda a que se creía con derecho. El primer marido pareció a los dos años de vivir libre Emma. Fue un americano nada joven, tosco, enfermizo, taciturno, beato. Se casó con Emma por egoísmo, por tener unas blandas manos que le cuidasen en sus achaques. Emma fue una enfermera excelente; se figuraba a sí misma convertida en una monja de la Caridad. El marido duró un año. Al siguiente, la de Valcárcel dejó el luto, y su tío, el curador-mayordomo, y una multitud de primos, todos Valcárcel, enamorados los más en secreto de Emma, tuvieron por ocupación, en virtud de un ukase de la tirana de la familia, buscar por mar y tierra al fugitivo, al pobre Bonifacio Reyes. Pareció en Méjico, en Puebla. Había ido a buscar fortuna; no la había encontrado. Vivía de administrar mal un periódico, que llamaba chapucero y guanajo a todo el mundo. Vivía triste y pobre, pero callado, tranquilo, resignado con su suerte, mejor, sin pensar en ella. Por un corresponsal de un comerciante amigo de los Valcárcel, se pusieron éstos en comunicación con Bonifacio. ¿Cómo traerle? ¿De qué modo decente se podía abordar la cuestión? Se le ofreció un destino en un pueblo de la provincia, a tres leguas de la capital, un destino humilde, pero mejor que la administración del periódico mejicano. Bonifacio aceptó, se volvió a su tierra; quiso saber a quién debía tal favor y se le condujo a presencia de un primo de Emma, rival algún día de Reyes. A la semana siguiente Emma y Bonifacio se vieron, y a los tres meses se casaron. A los ocho días la de Valcárcel comprendió que no era aquel el Bonifacio que ella había soñado. Era, aunque muy pacífico, más molesto que el curador-mayordomo, y menos poético que el primo Sebastián, que la había amado sin esperanza desde los veinte años hasta la mayor edad.

Leopoldo Alas Clarín (1852-1901), *Su único hijo* (1890)

Acto II

Cuadro I

Zaguán de casa de la NOVIA. Portón al fondo. Es de noche. La NOVIA sale con enaguas blancas encañonadas, llenas de encajes y puntas bordadas y un corpiño blanco, con los brazos al aire. La CRIADA, lo mismo.

CRIADA.- Aquí te acabaré de peinar.
 NOVIA.- No se puede estar ahí dentro, del calor.
 CRIADA.- En estas tierras no refresca ni al amanecer.

(Se sienta la NOVIA en una silla baja y se mira en un espejito de mano. La CRIADA la peina.)

NOVIA.- Mi madre era de un sitio donde había muchos árboles. De tierra rica.

CRIADA.- ¡Así era ella de alegre!

NOVIA.- Pero se consumió aquí.

CRIADA.- El sino.

NOVIA.- Como nos consumimos todas. Echan fuego las paredes. ¡Ay!, no tires demasiado.

CRIADA.- Es para arreglarte mejor esta onda. Quiero que te caiga sobre la frente.

(La NOVIA se mira en el espejo.)

¡Qué hermosa estás! ¡Ay! (La besa apasionadamente.)

NOVIA.- **(Seria.)** Sigue peinándome.

CRIADA.- **(Peinándola.)** ¡Dichosa tú que vas a abrazar a un hombre, que lo vas a besar, que vas a sentir su peso!

NOVIA.- Calla.

CRIADA.- Y lo mejor es cuando te despiertes y lo sientas al lado y que él te roza los hombros con su aliento, como con una plumilla de ruiseñor.

NOVIA.- **(Fuerte.)** ¿Te quieres callar?

CRIADA.- ¡Pero, niña! Una boda, ¿qué es? Una boda es esto y nada más. ¿Son los dulces? ¿Son los ramos de flores? No. Es una cama relumbrante y un hombre y una mujer.

NOVIA.- No se debe decir.

CRIADA.- Eso es otra cosa. ¡Pero es bien alegre!

NOVIA.- O bien amargo.

CRIADA.- El azahar te lo voy a poner desde aquí hasta aquí, de modo que la corona luzca sobre el peinado. **(Le prueba un ramo de azahar.)**

NOVIA.- **(Se mira en el espejo.)** Trae. **(Coge el azahar y lo mira y deja caer la cabeza abatida.)**

CRIADA.- ¿Qué es esto?

NOVIA.- Déjame.

CRIADA.- No son horas de ponerse triste. **(Animosa.)** Trae el azahar.

(La NOVIA tira el azahar.)

¡Niña! ¿Qué castigo pides tirando al suelo la corona? ¡Levanta esa frente!
¿Es que no te quieres casar? Dilo. Todavía te puedes arrepentir.

(Se levanta.)

NOVIA.- Son nublos. Un mal aire en el centro, ¿quién no lo tiene?

CRIADA.- Tú quieres a tu novio.

NOVIA.- Lo quiero.

CRIADA.- Sí, sí, estoy segura.

NOVIA.- Pero éste es un paso muy grande.

CRIADA.- Hay que darlo.

NOVIA.- Ya me he comprometido.

CRIADA.- Te voy a poner la corona.

NOVIA.- **(Se sienta.)** Date prisa, que ya deben ir llegando.

CRIADA.- Ya llevarán lo menos dos horas de camino.

NOVIA.- ¿Cuánto hay de aquí a la iglesia?

CRIADA.- Cinco leguas por el arroyo, que por el camino hay el doble.

(La NOVIA se levanta y la CRIADA se entusiasma al verla.)

Despierte la novia
la mañana de la boda.
¡Que los ríos del mundo
lleven tu corona!

NOVIA.- **(Sonriente.)** Vamos.

CRIADA **(La besa entusiasmada y baila alrededor.)**

Que despierte
con el ramo verde
del laurel florido.
¡Que despierte
por el tronco y la rama
de los laureles!

Federico García Lorca (1898-1936), *Bodas de sangre* (1931)

Gacela del amor imprevisto

Nadie comprendía el perfume
de la oscura magnolia de tu vientre.
Nadie sabía que martirizabas
un colibrí de amor entre los dientes.

5

Mil caballitos persas se dormían
en la plaza con luna de tu frente,
mientras que yo enlazaba cuatro noches
tu cintura, enemiga de la nieve.

10

Entre yeso y jazmines, tu mirada
era un pálido ramo de simientes.
Yo busqué, para darte, por mi pecho
las letras de marfil que dicen siempre.

15

Siempre, siempre: jardín de mi agonía,
tu cuerpo fugitivo para siempre,
la sangre de tus venas en mi boca,
tu boca ya sin luz para mi muerte.

Federico García Lorca (1898-1936), *Divan del Tamarit* [1931-1934] (1940)

Creón

- Antígona: ¿También tú, tampoco puedes pasarte sin venir a esta tumba?
Creón: No temas, Antígona. ¿No ves la puerta abierta?
Antígona: Será para ti. Yo no volveré a pasar nunca por esa puerta.
5 Creón: Como siempre, te adelantas: antes a mi justicia, ahora en mi clemencia. Vengo a sacarte de esta tumba. La muerte de mi hijo, precipitado como tú, me impidió sacarte de aquí a tiempo para que celebraraís vuestras nupcias. Yo quería sólo darte una lección.
Antígona: Ah... ¿No era la ley, que yo bajara aquí para desvivirme a solas como un reptil entre las piedras?
10 Creón: Ya empiezas, Antígona, haces que se me olvide lo que venía a decirte. Sí; se me va de la cabeza. Pero mi decisión es mi decisión y la mantengo por encima de tus palabras. La puerta está ahí, mírala, abierta. Vamos Antígona. Ve delante de mí. Sube tú antes que yo, sube tú, primero.
Antígona: He subido ya, aunque me encuentres aquí, tan abajo. Siempre estuvimos todos nosotros debajo de ti. Pues eres de esos que para estar arriba necesitan echar a los demás a lo más bajo, bajo tierra si no se dejan. Confórmate con eso, Creón. ¿Qué otra cosa quieres?
15 Creón: Quiero, ahora ya no sé lo que quiero. Lo que no quiero es oírte; que te vayas.
Antígona: Pues ya me estoy yendo.
Creón: Que te vayas de aquí, arriba, arriba.
Antígona: Arriba, arriba. ¿Tú sabes dónde es arriba?
20 Creón: La tierra de los vivos, y conmigo a lo alto, al poder. Pues que yo, como es justo, he de seguir reinando.
Antígona: Ya no pertenezco a tu reino.
Creón: Pues a otro reino, si no quieres estar en el mío.
Antígona: Estoy ya entrando en un reino. Voy ya de camino, estoy más allá de donde a un alma humana le es dado el volver.
25 Creón: No te obstines, Antígona. Quizá crees que ha pasado mucho tiempo. Pero no. Mira, ¿no lo ves? El Sol no se ha puesto todavía, está ahí como ayer cuando bajaste. Sólo te ha faltado el Sol un día, sólo has dejado un día de verlo. Un día. Vamos, Antígona, arriba, arriba.
Antígona: No.
Creón: ¿Y qué diré a tu hermana que te espera?
30 Antígona: Dile, si te acuerdas bien, dile -no cambies mis palabras- que viva por mí, que viva lo que a mí me fue negado: que sea esposa, madre, amor. Que envejezca dulcemente, que muera cuando le llegue la hora. Que me sienta llegar con la violeta inmortal, en cada mes de abril, cuando las dos nacimos.
Creón: ¿Y cómo yo voy a poder decirle todo eso? Eso son cosas tuyas.
Antígona: Y cómo voy a decir cosas no mías y a mi hermana, a lo único que de mí dejo en esa vida.
35 Pero no es necesario que se lo digas. Yo sé que será así.
Creón: ¿Y a los que te lloran, qué les diré? Creerán que no he cumplido mi palabra. Pero no, ya lo ven. Creerán que no quieres volver con ellos.
Antígona: Ay, Creón, en qué cosas te paras ahora. Me dejarán de llorar, y es bueno que me lloren algún tiempo; eso les lavaré. A mí me ha cogido muchas veces la lluvia en el campo cuando iba con mi padre y no teníamos dónde guarecernos. Y era buena esa lluvia, era bueno, aunque duro ir al descampado.
40 Gracias al destierro conocimos la tierra.
Creón: No te puedo entender. Pero, óyeme, por última vez te lo digo.
Antígona: No.
Creón: Oyeme, niña, Antígona, óyeme. No te vayas así sin mirarme siquiera, como si no estuvieras ya
45 aquí. Escúchame, Antígona.
Soy el primero que te invoca.
Dime: ¿Qué es lo que tengo que hacer? Te oiré, te, oh no, iba a decirte: te obedeceré. Y eso no es posible.
Antígona: A mí no hay que obedecerme. Sigue a quien yo sigo.
Creón: El Sol ya se ha ido, Antígona, tengo que irme.
50 Antígona, tienes tiempo aún, mira, mira el Sol: se está yendo.